



WARHAMMER
40,000



DAN ABNETT
~
EL SEÑOR DE LA GUERRA

UNA NOVELA DE LOS FANTASMAS DE GAUNT

timunmas



EL SEÑOR DE LA GUERRA

DAN ABNETT



timunmas

Título original: *The Warmaster*
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Ilustración de cubierta: Aaron Griffin

Primera edición: julio de 2018

The Warmaster, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo de The Horus Heresy Eye, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como * o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2017 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited, 2017.

© De la traducción Games Workshop Limited. 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0552-1
Preimpresión: Keiko Pink & the bookcrafters
Depósito legal: B 11448-2018

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO: CADÁVER

Una nave humana. Una nave humana... imperial. Una cosa fría de la que habían drenado el calor de la vida. La nada. Los restos de un cadáver, roto, inerte, a la deriva...

¿Cuánto tiempo lleva muerta? ¿Cuánto tiempo vivió? ¿Durante cuánto tiempo fue valiente? ¿Cuándo y cómo había acabado esa valentía? ¿Sirvieron las almas de la nave con obediencia al estúpido títere de su dios? ¿Tomaron nuestra sangre antes de que el vacío se los llevara?

Si habían sido unos estúpidos despreciables, ese trozo de espacio sería su cementerio. Si habían sido héroes para los suyos, entonces esa oscuridad sería su sepulcro.

Ahora solo es una nave vieja, un trozo de metal chamuscado por las estrellas dando vueltas lentamente en una oscuridad sin aire. A esa distancia, solo la detectarían los auspex y los sensores por reflexión. El núcleo del motor central está frío, como una estrella muerta. Un vacío orgánico, tan solo la huella residual de la descomposición. Pero hay valiosos objetos que rescatar. La posibilidad de recuperación se determina mediante la recopilación de metadatos. Chapa reutilizable, paneles del casco, compuestos de ceramita, pilas de combustible para vender, cableado, sistemas de armas, puede que hasta cargamento básico: promethium, armas pequeñas, explosivos, incluso paquetes de comida...

Sesenta mil kilómetros. La distancia y la velocidad de interceptación están fijadas. Ya se ha dado la orden. Las pantallas de aviso de color ámbar parpadean como los ojos abiertos de un reptil, bañando el puente de mando con una luz dorada. La artillería se activa de forma automática

haciendo vibrar los cargadores automáticos mientras se cargan las células. Los paneles de abordaje se encienden y despliegan las garras de aferre, las anclas de atraque y los puentes de asalto desde los silos cerrados. Los motores se ponen en marcha: tras una vibración y un zumbido, comienza el avance.

Cuarenta mil kilómetros. La multitud se reúne, herramientas y armas en mano, ocupando sus puestos y las escalerillas tras las compuertas del puente de asalto.

Veinte mil kilómetros. El cadáver de la nave ya es visible. Una masa de metal rodante que arrastra nubes de escombros. Un halo brillante de energía inmaterial la rodea, la sangre de la herida que escupió los restos fuera del empíreo hacia el espacio real. Se oyen oraciones, murmuradas para protegerse contra cualquier demonio o engendro de la disformidad que pudiera haberse quedado adherido al casco de la nave muerta.

Diez mil kilómetros. El nombre del cadáver de la nave se vuelve legible, grabado a lo largo de la aguja combada de la proa.

Su Alteza Sir Armaduke.

DOS: FANTASMA

Silencio.

Nada excepto silencio. Un vacío ingrávido. La tenue luz amarilla de otras estrellas se filtraba a través de la ventana abierta de babor, bañando de forma progresiva las paredes y el techo.

El Fantasma abrió los ojos.

Estaba flotando, incorpóreo, como un intruso observando la vida que había dejado atrás a través de la neblina del velo de la mortalidad. No tenía nombre, ni recuerdos. Tenía la mente entumecida. La muerte le había despojado de todos los pensamientos y sentimientos vitales. Estaba desconectado, liberado para siempre de toda emoción, cansancio, dolor y preocupación. Rondaba el lugar en el que una vez había vivido.

Ya no era parte de él. Solo podía mirar el mundo que había abandonado con imparcialidad. Las cosas que tanto le habían importado cuando estaba vivo ya no tenían sentido. El deber había dejado de ser un concepto, la esperanza había resultado ser perecedera y la victoria era una promesa vacía que alguien hizo una vez.

La luz de las despreocupadas estrellas se desplazaba con suavidad. Por la cubierta, a lo largo de las paredes, por el techo... Una y otra vez, como la mañana, la tarde y la noche de un día que pasaba con rapidez. Tal vez así fuera cómo veía el mundo un fantasma. Puede que el tiempo y el ritmo de la vida pasaran con rapidez ante los ojos de los muertos para hacer la eternidad más soportable.

Pero no podía ser.

Las estrellas no se movían. La *Armaduke* sí. Impotente, muerta e impulsada por la gravedad, daba tumbos por el espacio real.

El Fantasma lo procesó con una lentitud glacial, obligando a su mente congelada a pensar. La nave se estaba moviendo. ¿Cómo habían llegado a eso? ¿Qué fatalidad les había ocurrido? ¿Los había encontrado la muerte de forma tan veloz y repentina, que el recuerdo del final de sus días había sido arrancado por completo de su memoria?

¿Cómo había muerto él?

El Fantasma escuchó un martilleo. Poco a poco, se volvía cada vez más fuerte.

Divisó algo delante de él. Era una pequeña arandela de meta, flotando en el aire, girando muy despacio y sin caerse. La luz se reflejó en sus bordes. Dos arandelas más y un perno de contención negro azabache atravesaron sin rumbo su campo de visión por la izquierda, en perfecta formación. Pasaron por detrás de la primera arandela, creando una breve alineación astrológica antes de continuar vagando.

El martilleo aumentó.

El Fantasma sintió dolor, era leve y distante, pero era dolor. Lo sintió en sus miembros fantasma, en la columna y el cuello. El regusto de la agonía que había sufrido al morir había regresado con él al otro lado del velo para atormentar a su espectro.

Qué apropiado. Tan fiel a la naturaleza traicionera del universo. Solo con la muerte acababa el deber, pero el dolor no se esfumaba con él. Eso era lo que los sacerdotes y los hierofantes no te contaban. La muerte no era la liberación última del dolor. El dolor permanecía, se aferraba a ti para siempre.

¿Qué otras mentiras le habrían contado durante su breve existencia? Quiso maldecir los nombres de los que le habían dado la vida, los que habían fingido quererle, los que le habían exigido lealtad. Quiso maldecir el propio trono por decirle que la muerte era una especie de dulce recompensa.

Quiso maldecirlo todo.

El Fantasma abrió la boca.

—Idos a la feth —dijo.

Su aliento se condensó en el aire. Tenía la piel fría.

Un momento... ¿Aliento?

El martilleo se volvió más fuerte.

Era la sangre palpitando en sus oídos.

De repente, podía oír de nuevo. Su mundo se llenó de ruido al instante: su propia respiración entrecortada, los gritos y gemidos de los que lo rodeaban, el bramido de las alarmas, el horrible chirrido del casco y la superestructura de la nave.

La gravedad se restableció.

Las arandelas y el perno de contención cayeron a la cubierta. El Fantasma también cayó, chocando contra una superficie resbaladiza por la escarcha, y lo hizo con fuerza. Todas las cavidades y vasos sanguíneos de su cuerpo se reajustaron con la gravedad. Casi se ahogó cuando se le contrajo la tráquea, y los pulmones le entraron en pánico. Las tripas le chapotearon como un odre medio lleno de sacra. A su alrededor, oyó otros impactos y se dio cuenta de que era el sonido de cada uno de los objetos sueltos a bordo de la vieja nave desplomándose sobre la cubierta. Estaban lloviendo objetos y personas dentro de la *Armaduke*.

El Fantasma se puso de pie. Se sentía inestable. Los fantasmas estaban hechos para flotar, no para caminar. Le dolían todas y cada una de las partes del cuerpo.

Encontró su rifle láser en la cubierta, cerca de él y lo cogió, a pesar de que sus manos no funcionaban tan bien como le habría gustado. ¿Podía un fantasma tocar cosas? Al parecer, sí.

A lo mejor era algún tipo de penitencia, quizá le habían devuelto la mortalidad para un último cometido. Otra mentira, entonces. Por Feth, el deber no terminaba ni siquiera una vez muerto.

El Fantasma bajó la escalerilla. Oyó un gimoteo y vio a un joven soldado de Belladon, uno de los nuevos, sentado en el suelo y apoyado contra la pared mientras se ocupaba de una muñeca que tenía rota, con los dientes apretados como una ratonera. El chico levantó la mirada cuando el Fantasma se acercó a él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el chico.

—¿Estoy muerto? —preguntó el Fantasma.

—¿Qué?

—¿Estoy muerto?

—N... no. No, señor.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó el Fantasma.

Vio terror en los ojos del chico.

—No lo sé —dijo el chico.

—Creo que estoy muerto —dijo el Fantasma—. Pero tú no lo estás. Puedes caminar, así que ve a la enfermería. Considéranos fuerzas de apoyo.

—Sí, señor.

El joven parpadeó y se incorporó con dificultad.

—Ve, ya —dijo el Fantasma.

—¿Qué vas a hacer tú?

El Fantasma lo meditó.

—No lo sé. Pero creo que el Dios Emperador tiene un propósito reservado para mí, y este rifle sugiere que implicará matar.

—Bueno, es algo que se te da bien —dijo el chico, intentando parecer más valiente de lo que en realidad era.

—¿Sí?

—Es bien sabido, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Thyst, señor.

—Ve a la enfermería, Thyst.

El chico asintió y se alejó tambaleándose.

Cerca había dos miembros del personal de la nave, tripulación de cubierta. Uno de ellos sangraba con abundancia por un corte profundo en el puente de la nariz. El otro intentaba coger todas las piezas de repuesto de la maquinaria que la gravedad había esparcido fuera de su carrito.

—¿Qué ha ocurrido? —les preguntó el Fantasma.

El hombre que sangraba le miró.

—No tengo ni idea —dijo—. Esto nunca había pasado.

El labio superior del Fantasma se estiró ligeramente hacia la izquierda en una mueca de frustración. Se dio la vuelta. No sabía nada sobre naves espaciales pero estaba seguro de que eso era lo que les había advertido el comandante. El comandante. El comandante. ¿Cómo se llamaba? Al Fantasma le estaba costando mucho recordar cosas de su vida. No hacía tanto que había terminado.

Gaunt. Eso era: Gaunt.

¿Qué era lo que había dicho Gaunt? «La *Armaduke* está sufriendo problemas en los motores. Puede que no nos lleve a nuestro destino. Si no llegamos o volvemos repentinamente al espacio real, quiero a las compañías de combate preparadas para operaciones defensivas».

El Fantasma probó un comunicador de pared, pero solo se oía estática. Tenían luz y gravedad, pero la nave estaba gravemente averiada. Estaban acabados. Si algo los atacaba, estarían indefensos.

¿Cómo iban a saber siquiera si algo los abordaba?

De pronto, el Fantasma vaciló. Miró hacia el techo. Había mucho ruido, demasiado: las malditas alarmas y sirenas, el chirrido del casco recuperando su estado, el murmullo de voces.

Probablemente fuera su imaginación, afectada por el trauma de su violenta muerte, pero el Fantasma juraría que acababa de oír algo más.

Algo malo.

Arriba. Sonaba encima de él, muy por encima.

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía distinguir un ruido del caótico torbellino de sonidos que provenían de todas partes?

Porque él podía. Era otra de las cosas que se le daban bien.

Subió unas escaleras. El dolor de las extremidades estaba desapareciendo. Tan solo eran magulladuras y huesos doloridos. Notó un inmenso frío en el corazón, en lo más profundo, como si fuera un trozo de carne de grox que hubieran sacado del congelador y dejado sobre la encimera de la cocina para descongelarse. No obstante, los dedos le funcionaban. La pesadez se atenuaba. En cualquier momento recuperaría alguna habilidad útil.

Así como la capacidad para recordar su propio puñetero nombre.

Empezó a escalar. Al menos tenía un propósito, un deber; un maldito deber que no había pedido, lo quisiera o no. Por ese motivo, el santo Dios Emperador de la Humanidad, tres veces maldito fuera su capricho, lo había traído de vuelta, muerto más allá de la muerte, para servir a su regimiento y a su comandante. Tenía que haber sido él, eso estaba claro. Era un propósito, un deber, apto solo para él, algo que se le daba bien. De lo contrario, ¿por qué habría reclamado su alma el Señor de Terra y le habría hecho cruzar el velo, para un último y miserable paseo por el mundo de los vivos? Pero ¿por qué necesitaría el Dios Emperador a un hombre muerto, cuando era evidente había muchos vivos a su alrededor?

Escaló. Había una escotilla en el techo. Un diafragma de iris. Tiró de la palanca y se abrió. Sabía cómo hacerlo, ni siquiera tenía que pensarlo. Sabía cómo funcionaba el mecanismo.

Cayeron objetos sueltos a su lado, partes de máquinas rotas y un par de herramientas. Una pequeña llave inglesa le golpeó el hombro. Eran todas las cosas que habían caído sobre la escotilla cuando la gravedad artificial se había restablecido.

El Fantasma se deslizó por la escotilla. Estaba en un pasillo de servicio. Las lámparas parpadeaban inquietas, como las perturbadoras luces estroboscópicas de una sala de interrogatorios. Los ruidos todavía llegaban de arriba. Un golpeteo. Un roce. Aferró el arma y avanzó con cautela. Necesitaba otro acceso vertical.

Encontró un hombre muerto. Otro hombre muerto. A diferencia del Fantasma, a ese no lo habían resucitado y devuelto al servicio, por tanto el Dios Emperador no había considerado muy útiles sus aptitudes. Era un técnico de la división de ingeniería de la nave. Debía de estar flotando bocabajo cuando la gravedad se restauró. Al caer, su cabeza se lanzó

contra la cubierta como un ariete, rompiéndole el cuello y aplastándole el cráneo. El Fantasma alzó la vista y vio el lugar desde donde debía de haber caído el técnico: una zona de ingeniería sobre el pasillo de servicio, un hueco que se elevaba al menos cuatro cubiertas. Era un túnel de cableado y tuberías.

El Fantasma usó los asideros de la pared del pasillo para llegar a la abertura del túnel y luego comenzó a subir los pequeños peldaños.

Ascendía a buen ritmo, ya que sabía que los fantasmas no se cansaban. Se dio cuenta de que la inmunidad al cansancio era una ventaja de la muerte. No obstante, echaría de menos la comida.

Llegó al final del túnel y salió a una sala de máquinas sombría. Su aliento empañó el aire. Su aliento. ¿Por qué respiraba? Los fantasmas no respiraban.

No había tiempo para cuestionar las leyes del más allá. Olía algo. Metal quemado. El hedor a fundido de una lanza térmica. Avanzó, silencioso, como todos los fantasmas.

Vio un óvalo naranja brillante, un corte que atravesaba la piel de la nave. Los bordes metálicos brillaban como el neón. La sección cortada, ligeramente abombada, se encontraba sobre la cubierta rodeada de salpicaduras brillantes. Había dos figuras en la oscuridad: parecían hombres, pero no lo eran. El Fantasma podía oler su salvaje hedor, a pesar del fuerte olor del metal quemado.

Uno de ellos lo vio.

Dijo algo y le apuntó con un arma.

El Fantasma disparó primero.

Pero su rifle estaba muerto.

¿Averiado? ¿Sin batería? No había tiempo para averiguarlo. Dos rayos láser salieron disparados hacia él; en un espacio tan reducido, fue un ruido ensordecedor. El Fantasma se lanzó hacia un lado, cayendo sobre un montón de maquinaria aceitosa. Los disparos se estrellaron contra la pared detrás de él como si fueran bofetadas.

Cayó con torpeza y golpeó la cabeza contra un pistón o un cojinete. El dolor fue una sorpresa. Se palpó la cabeza y su mano acabó ensangrentada.

Los fantasmas sangraban. Era extraño. A menos...

Los humanos pero no humanos fueron a por él, gritándose el uno al otro en un idioma horrible. El Fantasma soltó el rifle y cogió su cuchillo de combate. Se ajustaba perfectamente a su mano. Su tacto lo llenó de seguridad, de confianza. Lo reconoció. Ambos se reconocieron. Se ayudarían el uno al otro. Más tarde puede que él le dijera quién era.

Un humano pero no humano salió de la oscuridad por su izquierda, inclinándose para mirar bajo la maquinaria. El Fantasma estiró el brazo, lo agarró por la garganta y tiró de él para clavarle el cuchillo. Se hundió en el pecho del no humano. Se sacudió con violencia, pataleando sobre la cubierta como si tuviera una rabieta. Luego se quedó inerte.

El Fantasma sacó el cuchillo, soltó a su presa y se apartó rodando. Se arrastró a lo largo de la maquinaria y se topó con un carrito lleno de herramientas. ¿Unos alicates? No. ¿Un martillo? Quizá. ¿Un hacha cortacables? Mucho mejor.

Tenía la longitud de su antebrazo, un mango de acero ligeramente curvado y una hoja redondeada de una sola cabeza que tenía una larga protuberancia, perfecta para cortar cables quemados en reparaciones de emergencia. La cogió con la mano izquierda, y el cuchillo de plata pura en la derecha.

El otro humano pero no humano apareció de la nada. El Fantasma alabó mentalmente a su adversario por su gran sigilo. Balanceó el hacha y partió la carabina láser del humano pero no humano. Esta se disparó y un rayo láser recorrió la sala de máquinas. El Fantasma, con las piernas bien abiertas y apoyadas, le asestó un golpe doble, cortando de fuera hacia dentro con ambas manos. El hacha en la mano izquierda y el cuchillo de combate en la derecha se cruzaron con destreza, de forma que los brazos del Fantasma acabaron en cruz sobre su pecho.

Ambas hojas cortaron el cuello del humano pero no humano. Se derrumbó y la sangre salió disparada de su cabeza, que colgaba hacia atrás como la tapa de una tolva.

Apareció un tercer humano pero no humano, corriendo hacia él. El Fantasma se agachó a la vez que rotaba para esquivar la puntiaguda maza de energía que el no humano blandió en su dirección. Convirtió el giro en una patada en el estómago y estrelló a su oponente contra el mamparo. El humano pero no humano gruñó al quedarse sin aire. El Fantasma lanzó el hacha y lo ensartó al mamparo por el hombro.

Clavado en la pared, el no humano gritó. El sonido solo se pareció al de un humano.

El Fantasma se puso frente a su víctima, con el cuchillo de plata pura contra la garganta del intruso. Con una pequeña presión con el antebrazo izquierdo hundió el hacha, firmemente incrustada, provocando más gritos.

—¿Quién eres? —preguntó el Fantasma.

Obtuvo unos ruidos confusos, una mezcla de dolor y de palabras. No tenían ningún sentido.

Volvió a presionar.

—¿Cuántos sois?

Más palabras que no eran palabras.

Volvió a presionar.

—Última oportunidad. Responde a mis preguntas o tendrás una muerte lenta. ¿Quién eres?

El humano pero no humano gimió. El Fantasma no estaba consiguiendo nada. Frustrado, probó con una táctica diferente.

—¿Quién soy?

—*¡Ver voi mortek!* —gritó el no humano.

«Mortek». El Fantasma conocía esa palabra. No, él no era la Muerte. Se equivocaba. El no humano estaba mintiendo.

El Fantasma lo supo porque su cerebro descongelado por fin recordaba su nombre.

Era Mkoll. El sargento explorador Mkoll, de los Primeros de Tanith.

Era Mkoll y estaba vivo. No estaba muerto, ni era un fantasma en absoluto.

No de esa clase, al menos.